



20,19-20 *Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros.» Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.*

Jesús se presenta como había prometido: "No os voy a dejar desamparados, volveré con vosotros" (14,18). Aparece en el centro de su comunidad, porque él es la fuente de la vida, el punto de referencia, el factor de unidad, la vida en la que se

insertan los sarmientos.

Les saluda con la paz porque están violentos tanto interna como externamente. Les devuelve la paz que les dejó en su despedida: *Os voy a decir esto para que unidos a mí, tengáis paz: en medio del mundo tenéis apuros, pero ánimo, que yo he vencido al mundo* (16,33).

21-23 *Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»*

Jesús repite el saludo. Con el primero pretendía liberarlos del miedo. Con este segundo saludo quiere que la paz sea la portadora de la misión que les deja.

Y para esta misión Jesús les infunde el aliento de la vida, el Espíritu. Es la savia de la vida, que lo

identifica con Jesús, les enseña, recordándole su mensaje y los mantiene en su amor. **Es el que les dará seguridad frente al mundo.**

Y les confiere un proyecto alternativo de vida: la liberación de las ataduras injustas, el pecado. Tanto personales como colectivas.

24-29 *Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo».*

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros.» Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «Señor mío y Dios mío.» Jesús le dijo: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que crean sin haber visto».

La incredulidad y la fe posterior de Tomás es prototipo de los no creyentes que necesitan tocar y experimentar y que no escuchan el testimonio de los que han visto a Jesús. Tomás para creer que Jesús vive, pone como condición una señal para él solito. Jesús,

que no abandona a los suyos, se la concede, pero no aisladamente, sino en el seno de la comunidad. **Los cristianos de hoy** con nuestras dudas y rechazos no vamos a tener complejo de inferioridad respecto a los primeros testigos. También a ellos les costaba creer.

30-31 *Muchos otros signos que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.*

Para el evangelista, la vida de Jesús significa ante todo un conjunto de hechos, a los que llama **señales**, a través de los cuales ha manifestado su gloria, su amor al hombre. El autor ha hecho una selección; la experiencia de los discípulos fue mucho más amplia de lo que está contado en el evangelio.

El objetivo de la obra es **suscitar la fe**. El autor ha elegido aquellos rasgos de Jesús que pueden mover a esa fe y que bastan para llegar a ella. Fe en Jesús, el que ha realizado las pruebas de un amor que libera, que ha sido condenado y muerto, pero que ha resucitado y por eso es el Cristo, el Hijo de Dios.

1. EN EL ATARDECER...CON MIEDO

El miedo los atrapa y los incapacita. Solo cuando se presenta el Resucitado se transforman. Recuperan la confianza, desaparecen los miedos, encuentran la paz y la alegría.

También nosotros en el atardecer de cualquier día, estando con las puertas cerradas de nuestro corazón, abatidos y temerosos, -si algo nos tinte por dentro-, podemos encontrar al Resucitado trayendo deseos de paz y de esperanza en estos tiempos difíciles.

Para encontrar al Señor no es necesario emprender largos viajes a santuarios famosos, o retirarse lejos de todos. Se le encuentra en **el trabajo** hecho con responsabilidad y alegría. Nos cruzamos con él en las habitaciones de los hospitales donde se **atiende al enfermo con ternura**, en las **reivindicaciones** de causas justas, en las luchas por aquellos **desheredados y emigrantes** que nadie atiende, en las **asambleas cristianas** donde se practica el amor.

Porque si se ama, se encuentra al Señor cada día.

Solo hay que cambiar la mirada y el ritmo del corazón. Y **dejarle sitio "en medio" de nuestra vida**. Porque bien es verdad que Jesús Resucitado está en el centro de la iglesia, pero **su presencia viva** no está arraigada en nosotros. Sabemos, predicamos y pensamos mucho, pero vivimos poco: **su presencia, su fuerza, su alegría, su paz**. Hablamos mucho de él, pero **lo experimentamos poco**. Y solo se transmite, de verdad, lo que se vive.

Y seamos sinceros: en la Iglesia se habla mucho de Jesús, se enseña y se celebra. Pero en el corazón de muchos (cristianos de a pie y de cierta responsabilidad eclesial) **no está presente Jesús, como fuerza y dinamismo**. Está oculto por tradiciones, costumbres y rutinas que lo dejan en un segundo plano. Celebramos la cascara y no "saboreamos" el meollo de nuestra fe.

- *¿Me cierro por miedo?*
- *¿En qué cosas tengo ocupado el corazón?*

2. LA ALEGRÍA DEL RESUCITADO

El encuentro con el resucitado les produce una enorme alegría. Me gustaría profundizar un poquito en esta experiencia gozosa. Creo que es verdad, como dice **Castillo**, que **"la teología cristiana se ha ocupado más del sufrimiento que de la alegría**. Y se ha preocupado más por las situaciones duras y costosas de la vida que por lo que nos proporciona felicidad, bienestar y satisfacción. **En los sermones** se habla con frecuencia de la renuncia al placer, la mortificación del bienestar, la austeridad, el aguante y la resignación, mientras que apenas se escucha algo que nos impulse a procurar ser felices, a gozar de todo lo bueno que Dios ha puesto en el mundo y en la vida, disfrutar de lo placentero, lo sensible, lo corporal. Es una "deformación religiosa" apartar a Dios de lo más gozoso y feliz de nuestras vidas. Porque de la experiencia que cada cual tiene de Dios, así será su vida cristiana".

Nuestro querido **Papa Francisco** tuvo hace poco una homilía en la misa diaria donde definió «la alegría cristiana» como **«la respiración del cristiano»**. Porque «un cristiano que no es alegre en el corazón —afirmó— no es un buen cristiano». La alegría, por lo tanto, «es la respi-ración, el modo de expresarse del cristiano».

- *¿Sé llevar paz y alegría a los hermanos que Dios ha puesto en mi camino?*

3. LOS SIGNOS VISIBLES

Necesitamos palpar, necesitamos meter los dedos, es verdad. Porque necesitamos signos visibles. Pero los que tienen **la fe y el corazón alerta**, encuentran signos de Jesucristo vivo a lo largo de los días y los meses. Aunque no lo vean con sus ojos, lo descubren presente en el camino.

Vemos el cariño de Dios en **la acogida** que cada día se hace al que está tirado por las calles, sin casa ni cobijo. **Vemos la paz** de Jesús en la escucha paciente a los ancianos. **Vemos la justicia** de Dios en el ansia de aquellos luchadores de los derechos humanos. Vemos en esta **ayuda solidaria** que todos dependemos unos de otros: la salud de uno depende de la salud del otro.

- *¿Me cuesta captar los signos? ¿Es que no son visibles o es que soy cegato? ¿En qué tengo que cambiar?*

4. SIEMPRE LA PAZ

La paz, nos deja la paz. Cuando **en nuestro corazón** haya violencia y rompimiento, vayamos al Resucitado de la paz. Cuando **en nuestra familia** haya desazón y rencillas, acudamos juntos, con una oración sencilla hecha en familia, al Cristo de la reconciliación. Cuando **entre los hermanos** haya disputas y discordias busquemos la sinceridad y la verdad, en presencia del Hermano mayor, el Amigo fiel, el que nunca falla.

Nuestro querido **Papa Francisco** tiene siempre en su boca mensajes de paz. Y nos insiste con frecuencia que pidamos al Señor para que haya paz entre los pueblos.

5. NO SEAS INCRÉDULO SINO CREYENTE

Qué bien **me veo retratado** en Tomás. No me creo lo que me dicen, quiero verificar por mí mismo. Las dudas, vividas de manera honesta, son sanas porque nos salvan de una fe superficial que se contenta con repetir fórmulas, sin crecer en confianza y amor.

Jesús se dirige a Tomás con unas palabras que tienen mucho de invitación amorosa, pero también de llamada apremiante. Tomás responde con una confesión de fe: **Señor mío y Dios mío**.

Todos nosotros podemos escuchar esta invitación y esta llamada. Y la escuchamos con mayor claridad cuando hacemos **la experiencia de sentirnos amados por El**. Dios me ama tal como soy, con mis deseos inconfesables, mis miedos duraderos, mi inseguridad casi permanente. Nunca me maldice, ni siquiera cuando yo mismo me condeno.